

# LA ERMITA

Por RAFAEL DEL PILAR ZUFÍA

Dejando atrás las mullidas praderas de jugosa hierba, un senderillo dibuja su serpenteante figura entre las rocas, atraviesa el breve y alegre poblado pastoril y, por suaves laderas al principio, por cerrados y pedregosos zig-zags después, nos conduce a un bello y bien marcado camino que parece jugar con las altas crestas y portillos de la montaña.

Caminando por él, algo más adelante, y defendida por impresionante precipicio, veremos a la vieja ermita.

Un vez en ella, observaremos primeramente el sugestivo panorama que nos rodea. Situados en el eje de un conjunto de bellísimas montañas vascas, éstas nos obsequian con sus mil formas y coloridos. Sus altas cumbres, que a veces sobrepasan a las caprichosas nubes, nos cautivarán por su majestad y pureza de líneas.

Otras, más pequeñas y modestas, quizás tratando de ocultar su serena belleza, se cubrirán con un velo de neblina.

Mirando hacia abajo, allí en los valles, se ven los pueblos, tan grandes algunos y tan llenos de problemas y vanidades todos. Vistos desde aquí parecen de juguete, ¡tan pequeñitos se ven...!

La ermita. Es pequeña y muy vieja, sin embargo se asienta firmemente en su base: sus raíces, como las del roble, se hunden en el suelo que la vio nacer, como si de la tierra recibiera la savia de su vida.

De perfecta ejecución, los sillares, arrancados de la misma carne de la montaña, forman sus recias paredes.

Rústica y simple estructura; a pesar de todo su vigorosa y noble figura encaja perfectamente en el admirable lugar donde se alza.

Una sola ventana, defendida por metálica reja, es la encargada de introducir un poco de luz y repartirla al humilde altar y contigua antesala. Esta comunicada con el exterior por medio de un corto pasadizo, sin puerta.

Cuando se entra, medio deslumbrados aún por la cegadora luz de la montaña, y se llega a la antesala, una indescriptible emoción nos envuelve: estamos en un templo, pero éste no es como los de nuestro pueblo o ciudad. Aquí estamos solos con Dios. Rodeados de cumbres, de precipicios y de rocas; de paz, silencio y soledad.

Entre aquellas paredes se respira piedad y recogimiento; aquel raro aroma que flota en la estancia, la conmovedora sencillez de todo el conjunto produce honda impresión.

Una puerta de hierro y dos ventanales con sendos barrotes protegen el altar de las manos curiosas de los que hasta allí llegan.

Encima de los ventanales, regueros de amarilla cera. Allí se consumieron muchas velas; el humo de las mismas ha ennegrecido y marcado su huella en el hierro y la piedra. Ellas nos hablan de oraciones, promesas y sacrificios.

En el altar, la pequeña imagen de un Cristo que, con sus abiertos brazos, parece querer recibirnos y abrazarnos amorosamente.

El tejado, de fuertes losas, se cubre de líquenes y raquíptico musgo. ¡Pobrecillo, poco alimento podrán ofrecerle las lisas y duras superficies de la piedra! El, no obstante, es allí feliz y cumple con su humilde misión.

Un pequeño campanario aloja la única campana: casi todo el año está silenciosa, triste. Pero cuando celebran en la ermita alguna Misa, cuando el badajo hiere al bronce y le obliga a lanzar al aire su metálico tañir, éste se oye lejos, muy lejos.

Y está tan alta, en su pedestal de roca, que estoy seguro la oirán muy bien allí arriba, en el Cielo.

Encima del campanal, la cruz.

Así es nuestra ermita, curtida por los años, con sus piedras del color de la ceniza.

Allí no crece ningún árbol que le hiciese compañía, como lo hace con otras; sus únicos compañeros son la soledad y el tiempo.

A menudo le saludan los grajos con su rara y chillona voz. Las ovejas la visitan con cierta frecuencia, haciendo sonar alegremente sus esquilas.

Y de vez en cuando alguna persona, algún montañero solitario.

¡Pobre y solitaria ermita, que has visto envejecer tus piedras!

Desde su agreste y perenne atalaya, ella ha conocido el esplendor de la primavera, cuando las praderas se visten de hierba y de flores. Es la época en que los pastores suben a la sierra con sus rebaños.

Ella conoce el calor y sequedad del verano, cuando el sol, en desatada furia, lanza sus saetas que abrasan y calcinan las rocas; ella ha visto llorar a las hayas, cuando el fuerte viento otoñal arrancaba despiadadamente a sus ya rojas y medio muertas hojas; conoce mejor que nadie la crudeza del invierno. Cubierta muchas veces por el blanco manto de la nieve, sentía tiritar de frío a todas sus piedras.

Los inviernos son allí muy largos y ella permanece durante mucho tiempo aislada, desamparada.

Apoyado en la barandilla que defiende del precipicio al visitante o montañero, aquella soleada pero fría tarde, pensaba en esto y en muchas cosas más. Pensé también en la absurda forma en que a veces se comporta el hombre, frente a sí mismo y frente a la sociedad. Dotado por el Creador de los más hermosos dones, muchas veces cae en las garras de la mentira, la hipocresía y la ambición, tres de las plagas que más castigan hoy día a la humanidad.

Lo triste del caso es que viven a su antojo porque a nosotros nos falta voluntad y nobleza, las dos mejores armas para derrotarlas.

Esos son problemas, frente a los cuales hay que luchar con todas nuestras fuerzas. Hay otros que no lo son tanto y algunos ni existen, puesto que el problema somos nosotros mismos.

Repasé mi vida y tuve que reconocer con amargura que también tenía muchos baches. Por un instante me contemplé a mí mismo y me vi insignificante, miserable. Los pueblos, allí abajo, me parecieron pequeños y sucios.

Aquel autoanálisis, a pesar de las heridas que en mi alma abrió, me demostró lo necesitados que estamos de vernos tal como somos; de no engañarnos a nosotros mismos y seguir en la vida una ruta equivocada. A veces los caminos terminan en precipicios.

Me imaginé lo hermoso que sería vivir para siempre en aquella soledad, fuera de la mano del mundo. Pero aquello sólo era un sueño, un hermoso sueño que nunca se haría realidad.

Tenía un puesto entre la sociedad, y aun viéndome envuelto mil veces entre su rutina y vulgaridad, recibiendo más desengaños y amarguras que alegrías, debía hacerme fuerte y luchar allí, junto a ella.

Una ráfaga de aire abofeteó mi rostro, al tiempo que un escalofrío recorría mi cuerpo, volviéndome a la realidad y disipando la nube de pensamientos que flotaba en mi atormentado cerebro.

Anohecía y hacía frío.

Poco a poco, los pueblos se iban iluminando, adquiriendo las figuras de gigantescas colonias de luciérnagas.

Tomé mi mochila y, ya casi de noche, partí de aquellos lugares. Algo más adelante me paré y volví la cabeza: dibujándose en el cielo con las últimas luces del día, la ermita quedaba otra vez sola. Como antes, como siempre.

Continué mi camino, sumergiéndome en las sombras de la noche.